

Frey, Herbert, *La arqueología negada del nuevo mundo. Europa, América y el surgimiento de la modernidad*, CNCA, México, 1995, 313 p.

El lado oscuro de la historia

Una de las reflexiones culturales más importantes y recurrentes de los últimos años es la que se refiere al tema de la modernidad, que ha sido abordado, cuestionado y problematizado desde ángulos y posturas diversas. Por lo que se refiere al campo específico de la historia, los estudios tradicionales han hecho coincidir la modernidad—ese proceso caracterizado por una transición de una identidad colectiva a una identidad del yo, esto es, la ruptura que implica pasar de una subordinación a las tradiciones por parte de los miembros de una comunidad a una actitud crítica individual en la que se puede discutir y, eventualmente, disentir de las normas sociales que rigen el entorno— con la Era Moderna, subrayando los grandes cambios registrados en el planeta y particularmente en Europa durante los siglos XV y XVI.

A contrapelo de estas visiones generadas por una historiografía tradicional, la investigación de Herbert Frey rescata una visión de larga duración en su intento por clarificar las raíces de la modernidad en Europa y se remonta al siglo XII como punto de partida de este importante proceso. En su nuevo texto, el autor continúa con su reflexión de investigaciones anteriores (*Los orígenes del feudalismo*, 1988) en torno al problema de cómo las estructuras internas de la Edad Media determinaron la conformación de los distintos sistemas coloniales. Sin embargo, en esta ocasión amplía la perspectiva de análisis, incorporando los conflictos ideológicos y culturales a una visión global que supera ampliamente los límites conceptuales de una historia de las ideas al vincularlas a los procesos socioeconómicos de la época y al mismo tiempo evita caer en cualquier tipo de determinismos.

La génesis de la modernidad debe buscarse, entonces, en el seno de la sociedad medieval. En este sentido, la propuesta de Frey debate implícitamente con la postura conocida de Max Weber, diferenciándose de ésta particularmente en dos aspectos bastante claros. Por un lado, para Frey el sistema feudal constituyó la matriz fundamental del desarrollo capitalista, lo cual implica retomar una perspectiva histórica mucho más amplia, de larga duración y, por el otro, le asigna un

peso mucho mayor a los factores materiales en la construcción de este importante proceso, que en el caso de Weber quedaba circunscrito a factores ideológicos, en los que se vinculaban los inicios del capitalismo con la religión protestante.

Asumiendo que la historia de Europa y América están entrelazadas y que Europa ha desempeñado un papel clave en la toma de conciencia americana, como lo mostró —de manera bastante radical— Edmundo O’Gorman, podemos plantear que la Europa medieval llegó a América con su concepto del tiempo, sus tradiciones y cultura, esto es, con sus estructuras económicas, políticas y mentales. Por todo ello, es necesario analizar este imaginario colectivo en relación con los procesos que posibilitaron la consolidación y expansión de la modernidad.

Una de las virtudes de este tipo de enfoques radica en que nos permite contrapuntear y evidenciar los simplismos de historias de carácter oficialista estancadas en rechazos viscerales que intentan borrar de manera gratuita nuestra raíz europea medieval para reivindicar posturas fundamentalistas que nos alejan de una comprensión cabal y profunda del proceso de mestizaje étnico y cultural que ha producido la realidad americana durante los últimos cinco siglos. Aquí radica el sentido principal de la tesis central del texto: la tradición europea representa la arqueología negada de América Latina. Siguiendo a Foucault, el autor nos propone una suerte de psicoanálisis histórico: en la medida en que explicitemos y discutamos críticamente nuestra raíz europea, la podremos asumir y rescatar de la represión a que la hemos confinado.

Uno de los ejes que atraviesa el texto es el que se refiere a los procesos de individualización y subjetivización, en el cual los factores de orden material son los que posibilitaron la emergencia de los nuevos actores y protagonistas sociales, los cuales serían los encargados de desarrollar con su actitud crítica esta identidad del yo a la que aludíamos anteriormente. Este es el caso, por ejemplo, de dos figuras cuestionadoras del orden social, capitales en la transformación de las ideas y del pensamiento: Pedro Abelardo y Guillermo de Occam. El primero es considerado por nuestro autor como uno de los gérmenes más importantes del intelectual moderno, en la medida en que abre la pauta para interrogar críticamente la tradición: «es también el primer hombre de la modernidad que tematiza su subjetividad y convierte su individualidad en punto de partida de su pensamiento crítico» (p. 155), y el segundo representa la curiosidad de la época moderna, llegando a atisbar en sus reflexiones la no existencia de un orden preestablecido, al postular como principio la no cognoscibilidad del mundo.

La investigación de Frey desemboca en un capítulo particularmente interesante, en el que desarrolla la idea de la invención de América a partir de tres figuras paradigmáticas: Maquiavelo, Colón y Cortés.

Estos tres personajes tan heterogéneos comparten un común denominador: se trata de seres humanos dispuestos a rebasar los límites establecidos por las coordenadas culturales y políticas de su época: modernos transgresores que modificaron, consciente o inconscientemente, los límites conceptuales de su momento.

Maquiavelo, primer teórico político en conceptualizar el Estado moderno, al dismantelar el funcionamiento del poder más allá de cualquier justificación teológica. Colón, personaje que expresó las innovaciones de la modernidad en el plano práctico, al superar los límites del mundo conocido, y Hernán Cortés, representante de la figura de *El príncipe* en el Nuevo Mundo, al crear un nuevo imperio y derrotar a Moctezuma a partir de su bagaje cultural europeo, que en última instancia lo remitía a un conocimiento del otro, del cual carecían sus enemigos.

Más allá de la idealización o satanización historiográfica que ha caracterizado los acercamientos a estas figuras, particularmente la de Cortés, cuyos restos suscitaban todavía en el siglo XIX verdaderas batallas campales, nuevamente la reflexión de Frey rescata una vía de análisis de los sujetos históricos que parte de sus propios contextos, superando posibles maniqueísmos y enriqueciendo el debate histórico con argumentos sólidos y fundamentados.

En síntesis, el presente texto nos invita a repensar críticamente el problema de la interpretación histórica, a considerar otros caminos y vías de argumentación, al tiempo que nos acerca a un modelo de historia global que incorpora una gran diversidad de enfoques, que incluyen aspectos económicos, sociológicos, filosóficos, demográficos y culturales, y nos remite a los debates y discusiones de historiografías como la austriaca y la alemana, todavía poco conocidas entre los historiadores latinoamericanos.

Un último apunte para concluir: leer y revisar investigaciones serias y documentadas como la de Herbert Frey me confirma de manera bastante contundente que, a diferencia de otras disciplinas, el oficio del historiador responde a un trabajo que debe ser cocinado a fuego lento, dando pausa a la reflexión y a la elaboración de conceptos que poco a poco se van articulando para formular problemas verdaderamente relevantes y significativos. No es con prisas y subordinado a presiones académicas y laborales, obligado a publicar la mayor cantidad de textos en el menor tiempo posible, como el historiador podrá encontrar la clave para tratar de interrogar y cuestionar las certidumbres de su tiempo.